

colección rúbrica



JULIO PRIETO MENDO



HIJOS DE LA DEHESA

esstudio
ediciones

Capítulo I

La madre

Ella está llorando. Otra vez. Siempre llora cuando nadie la ve. O cuando cree que nadie la ve. También reza. Casi siempre hace ambas cosas a la vez: llorar y rezar, rezar y llorar. Siempre cuando cree que nadie la ve.

Su hijo no soporta verla llorar. No sabe qué podría hacer para ayudarla, para consolarla. Esto le produce un enorme desasosiego y le causa una profunda tristeza. Después de muchos y reiterados intentos, ha aprendido a observarla cuando ella cree que nadie la ve. Sólo él, su hijo, puede verla. Gabriel sólo tiene ocho años.

Una vez más, puntual a su cita, ha llegado el verano. Después de unos tímidos avisos primaverales, se ha presentado de golpe y porrazo. Ha sido un puñetazo de puro bochorno encima de la mesa. Hace mucho calor en los pueblos de Extremadura y su dehesa. Así es y así ha sido siempre. Así es como Gabriel lo recuerda. El calor inmutable del verano extremeño.

En casa todos duermen la siesta después de comer. Todos, menos Gabriel y su madre. Ella no duerme ni descansa. Parece que no lo necesitara. Sólo llora y reza.

Quizás también llora y reza en otros momentos del día o de la noche, pero Gabriel aún no lo sabe. Acabará sabiéndolo muchos años más tarde. Ahora, ella llora por la tarde. Siempre por la tarde, a la hora de la siesta. Todas las tardes. Es el momento en que su hijo la ve llorar. Él no está seguro de si lo hace a esa hora porque cree que es el único momento del día en que puede hacerlo sin que nadie la vea. Nadie, excepto él.

Ella llora siempre en el despacho de su marido, pero nunca se sienta en su silla. El despacho no tiene puerta. Dentro hay muy poca luz porque, nada más entrar, ella baja la persiana de la pequeña ventana que da al patio de la casa de al lado. Es lo primero que hace. De este modo, parece que no hay nadie dentro. Así se siente más segura.

Cada tarde practica el mismo ritual: entra en el despacho, baja la persiana, se sienta en el taburete que ha traído de la cocina y se acomoda en un rincón de la habitación; en el de la derecha, según se entra. Cree que de este modo nadie puede verla. Gabriel ha aprendido a hacerlo. Se acerca, muy despacio, para evitar que pueda oírle. Tras unos momentos de vacilación, asoma la cabeza, poco a poco, hasta que sus ojos la alcanzan. Conteniendo la respiración, permanece observándola durante unos segundos. Incapaz de reaccionar, se aleja, paso a paso, sin hacer ruido, para evitar que ella se dé cuenta.

Ayer, Gabriel volvió a verla llorar. Una vez más. A la misma hora, después de comer, cuando todos

duermen la siesta o descansan en el patio. Está llorando y rezando, en silencio y con la cabeza agachada. Se ha convertido en una costumbre. De nuevo, ha tenido que acercarse, con mucho sigilo, para que no le oiga. Luego se asoma y la observa. Le gustaría entrar y abrazarla, pero es incapaz de hacerlo. Y vuelve a irse sin hablarle. Así, día tras día, todas las tardes.

El verano, recién empezado, avanza muy despacio. Parece que no va a terminar nunca, que no quiere irse. A Gabriel le gustaría que ya hubiese acabado. En su mente de niño cree que es algo pasajero y que algún día acabará yéndose.

Otra tarde de estío y sofoco. Los hermanos de Gabriel duermen la siesta, pero él es incapaz de hacerlo. Entonces, se levanta de la cama y sale del dormitorio, despacio y en silencio, para no despertarles. No puede resistir la tentación de ir a observar a su madre. Sube al primer piso y se acerca al despacho, con cautela, procurando no hacer ruido. Acto seguido, se asoma, con todo el cuidado del mundo, y de nuevo la ve llorando, la cabeza agachada entre sus manos. Ella no le ha visto. Piensa que es una suerte que no le vea porque no sabría qué decirle. Tampoco se atreve a entrar y preguntarle por qué llora. Por último, vuelve sobre sus pasos, muy despacio, para evitar que le oiga.

El calor y la siesta siguen imponiendo su ley. Todos descansan. Incapaz de dormir, Gabriel se ha sentado en la escalera de piedra que sube al desván y abre su lectura

de este verano: *Viaje al centro de la Tierra*. Le encanta leer, entre otras cosas, porque le ayuda a olvidar lo que ve. Poco a poco va recobrando la calma, aunque no por mucho tiempo. Cierra el libro y vuelve a preguntarse por qué llora tanto su madre. Le gustaría poder viajar al centro del corazón de su madre.

Una tarde más de aquel inacabable y triste verano. Gabriel vuelve a subir a ver a su madre. Está decidido a hablar con ella. Se asoma con cuidado y la ve, la cabeza agachada, llorando y rezando. Sostiene en sus manos el rosario que le regaló la abuela, su madre, cuando hizo la primera comunión. Cada cuenta que mueven sus dedos es una lágrima más dolorosa y triste que la anterior. Eso le parece. Sigue sin ser capaz de entrar, de abrazarla y de preguntarle por qué llora. No encuentra explicación a su incapacidad para hacerlo. Sólo tiene ocho años. Así transcurren los días y las malditas tardes de aquel caluroso y horrible verano.

Hoy, mientras leía sentado en las escaleras del patio, junto al brocal del pozo, Gabriel ha tenido una idea. De inmediato, decide ponerla en práctica. Ha resuelto adelantarse a su madre. Dicho y hecho, ha subido al despacho de su padre a esperar que ella entre para desahogarse. Está hecho un manojo de nervios. Sentado en su taburete, en su rincón, con las manos sobre las rodillas, la espera se le hace eterna. Piensa en todo lo que va a decirle, pero se ha quedado bloqueado y decide marcharse. Cuando está a punto de hacerlo, ella ha entrado.

—¿Qué haces aquí solo, cariño?

No esperaba esa pregunta y le ha contestado lo primero que le ha venido a la cabeza.

—¡No sé por qué lloras, mamá! ¡Sólo quería estar a tu lado y llorar contigo!

Ella le ha cogido de las manos, le ha levantado y le ha abrazado durante largo rato. Él ha sido incapaz de reaccionar y se ha limitado a permanecer, quieto y en silencio, entre sus brazos. Se siente feliz y protegido en el regazo de su madre. Cuando ha terminado de abrazarlo, ella le ha dicho:

—Anda, vete un rato al patio a leer ese libro que tanto te gusta.

Él no ha podido ni sabido, decirle que no. Se ha empujado para darle un beso y ha vuelto a sus asuntos de niño. Más animado, ha cogido el balón y se ha ido a la era a jugar con los amigos. A esa hora no hay nadie trillando. El calor es sofocante. Uno de sus amigos ha traído un gran botijo marrón lleno de agua fresca. De vez en cuando hacen un descanso y, entre risas, echan un buen *bochinche*. Luego, mojan sus pañuelos y se los ponen en la cabeza, atados con cuatro nudos, como hacen los mayores. Y siguen jugando. Gabriel lo hace de portero.

Cuando ha regresado a casa, sudoroso, su madre le ha dado un beso y le ha dicho que se dé un baño en el pilón del patio para refrescarse. Luego, ella se ha ido a misa, como hace las tardes que no ha podido hacerlo por la mañana, a primera hora, como es su costumbre.

Así transcurre aquel verano, tan lejano en el tiempo y tan cercano en la memoria.

Hoy, veintiuno de septiembre, ha terminado el tiempo de estío. Con él se han ido las vacaciones y las tardes de llanto de su madre. Mañana es la vuelta a las clases en el colegio. Gabriel está contento porque va a conocer nuevos amigos, pero no puede dejar de pensar en su madre.

••••

El reloj, juez supremo de nuestras vidas, no se detiene. La vida se va con él sin que apenas nos demos cuenta. Cuando queremos hacerlo, ya es demasiado tarde.

Han pasado muchos años. Quizás demasiados. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo se puede medir el tiempo de una vida? ¿Alguien sabe hacerlo y, al mismo tiempo, estar seguro de no equivocarse? Da igual, porque el reloj que marca nuestro tiempo nunca se detiene y nuestra propia existencia camina, imparable, a su lado.

Hoy, una vez más, Gabriel ha vuelto a acordarse de su madre, fallecida hace muchos años. El vacío que dejó es un recuerdo muy triste que nunca le abandona. Es una sensación, lacerante y feliz a la vez, que le va a acompañar el resto de su vida.

Por la noche, después de leer un rato en el salón, se levanta y sube las escaleras, sin hacer ruido, hasta llegar al dormitorio. Lo de no hacer ruido, haga lo que haga,

se ha convertido en inveterada costumbre a lo largo de los años. El recuerdo de su madre, sentada y llorando en el despacho de su padre, en aquel taburete, en aquella penumbra, le acompaña a todas horas.

Cuando entra en la habitación, Carmen, su mujer, ya está dormida. Lo hace con la tele encendida. Aún sostiene el mando en su mano. Se lo quita con cuidado para no despertarla y apaga el televisor. Luego, muy despacio, se hace un hueco en la cama a su lado. Por último, deja un suave beso en su frente.

Su último recuerdo, antes de cerrar los ojos, es su madre levantándolo del taburete para abrazarlo.

—¿Qué habrá sido de aquel taburete en el que lloraba mi madre?